

Epístola para el segundo domingo después de la Trinidad

1 Juan 3:13-18

“Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os odia. Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano permanece en muerte. Todo aquel que odia a su hermano es homicida y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.”

1. Las lecturas de la Epístola y del Evangelio designados para los domingos alrededor de Pentecostés hablan mucho del amor. No solo hablan del amor que debemos tener para Cristo y Dios, que no es otra cosa sino estar agradecidos porque hemos recibido el beneficio indecible de la redención y el perdón de pecados por la sangre y muerte de Cristo, sino también del amor para con el prójimo, que no recibe nada de él, sino le da a él, lo perdona, y hace toda clase de bien para él, y no deja de amarlo si no corresponde el amor del que le hace bien. .

2. San Juan aquí amonesta a los cristianos a esta virtud. Esta amonestación ciertamente es necesaria, porque podemos ver aquí cuán raro es entre los pueblos del mundo. Especialmente amonesta que no deben sorprenderse si el mundo los odia y gustosamente los viera muertos, así como Caín mató a su hermano (como dijo antes de esto, 1 Juan 3:12). Naturalmente, esto duele severamente a todos e impide mucho el amor.

3. ¿Qué hay más extraño en el mundo que cuando la gente odia a aquellos que los aman y de quienes solo han recibido el bien? “¿Quién hubiera creído”, decimos a nosotros mismos, “que la gente fuera tan malvada? ¿Quién querrá o puede servir ni hacer bien para el mundo ya, puesto que son tan ingratos y no pagan el amor con nada sino odio?” Sin embargo, hablemos y veamos primero cómo nosotros, que somos bautizados y hemos recibido el evangelio, amamos a Dios por el amor supremo que nos ha dado en su Hijo. ¡Ese es un ejemplo muy hermoso de gran gozo y gratitud! ¡Para eso debemos realmente sonrojarnos por vergüenza ante Dios y sus ángeles y escupir sobre nosotros mismos!

Pero, ¿Qué debemos decir de otros que, cuando escuchan la predicación gozosa de esta gracia y bondad de Dios, no lo tolerarán sino la condenarán como herejía? Los que la predicán para el bien, la salvación y la bienaventuranza del mundo deben ser una maldición y un sacrificio expiatorio (como dice San Pablo, 1 Corintios 4:13), de modo que ningún malhechor se trata y se ejecuta más miserable y vergonzosamente. Hemos visto esto y todavía lo vemos con el Papa y sus seguidores.

4. Aunque la experiencia nos enseña lo que de otro modo ningún corazón humano podría creer, San Juan todavía comienza a amonestar y dice: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os

odia” (1 Juan 3:13). Si no debemos sorprendernos por eso, ¿qué más hay en la tierra para sorprendernos? Hubiera pensado que si alguna predicación de la gracia de Cristo se oyera en cualquier parte, el mundo la recibiría con el más grande gozo y nunca volvería a olvidar esta gracia y bondad. Por otro lado, no sorprendería para nada si la tierra repentinamente se abriera y tragara a la gente que no está agradecida de que Dios haya hecho que su Hijo se hiciera hombre, nos redimiera como gente condenada del pecado y la muerte, y nos pusiera en la vida y la salvación. ¿No asusta que la gente evitara y odiara a este Salvador y su enseñanza más que al mismo diablo?

5. ¿Qué dice y hace Dios de todo esto? Dice con justicia a los judíos por el prometa Miqueas: “Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he molestado? Di algo en mi contra. Te hice subir de la tierra de Egipto, te redimí de la casa de servidumbre. ¿No ahogué a tus enemigos en el Mar Rojo? y envié delante de ti a Moisés, a Aarón y a María”. Asimismo, “Recuerda cómo impedí que el profeta Balaam te maldijera, para que no fueras completamente destruido” (Números 23-24). Deben observar cómo el Señor ha hecho todo bien para ustedes. Cristo dijo al pueblo ingrato: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas!”, etc. “¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, pero no quisiste!” (Mateo 23:37). Es como si quisiera decir: “Ciertamente no vine a predicar para que murieran y fueran condenados. Más bien, sufro la muerte y la ira de Dios por sus pecados, y les estoy llevando a ustedes toda la gracia y bondad de Dios, temporal y eternamente. ¿De dónde, entonces, obtienen tan amargo odio hacia mí y mi predicación?”

6. “Bien”, dice San Juan, “si el mundo puede odiar a Dios mismo por este beneficio, queridos amigos, no se sorprendan cuando lo mismo sucede con ustedes. ¿Qué significa cuando nuestro mi amor y pongo mi cuerpo y vida para confirmar esta enseñanza y ayudar a mi prójimo? ¡Es un amor pobre, miserable, sucio y apestoso en comparación con el hecho de que Cristo muere por mí para redimirme de la muerte eterna! Si Dios con su amor supremo e insondable no puede lograr que el mundo esté agradecido con él, ¿por qué debe sorprenderte que el mundo se desagrada de ti por tu bondad? ¿Por qué te enojarías y te quejarías de la falta de gratitud? Tú mismo eres una parte del mundo por el cual el Hijo de Dios tuvo que morir. Aun si mueres por ellos, todavía no es nada en comparación con el hecho de que Dios no escatimó a su propio Hijo por ellos, sino dejó que fuera ejecutado y muerto por sus propias manos”.

7. Pero ¿qué es la causa y de dónde viene el odio del mundo? Mostró esto justo antes en el ejemplo de Caín, “que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa lo mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano, justas” (1 Juan 3:12). ¡Una hermosa y genuina razón por odiar, solo porque el que odia y asesina es malo y el benefactor es bueno! En el gobierno y oficio civil y doméstico, la gente se enoja por y castiga el mal de los que son malhechores y desobedientes. Este es el enojo y el castigo correcto. Sin embargo, el mundo es tan malcriado (en los asuntos en que Dios tiene que tratar con él) que odia, persigue y mata como malhechores y villanos a los que le hacen bien. Eso lo tienen de su padre Caín (dice Juan), el gran santo fratricida. Eso pinta un verdadero retrato de ellos; siempre lo copian y lo reflejan.

8. La querida y piadosa madre Eva, después que había dado a luz su primer hijo, dijo con gran gozo y esperanza (en la promesa de Dios de la venida de una Simiente que aplastaría la cabeza de la serpiente): “Ahora tengo el hombre de Dios”. Por eso lo llamó Caín, a saber, “obtenido”, como si quisiera decir: “Ahora he obtenido el verdadero tesoro”. Nunca antes había visto a alguien nacer en la tierra; este fue el primer fruto del amor para la raza humana, Se regocijó y se pronunció bienaventurada. Este hijo fue criado en la esperanza de que él ayudara y salvara al mundo entero, de modo que sus hermanos y hermanas junto con los hijos de sus hijos tendrían que encontrar consuelo en él.

Él notó eso plenamente y se jactó muy arrogantemente ante su hermano, quien, en comparación, tuvo que llevar un nombre triste, puesto que fue llamado Abel, es decir, “nada” o “vanidad”. Es como si los padres hayan querido decir: “¡Este no es nada! Caín es el verdadero heredero y poseedor de toda la gracia prometida que Dios ha dado a la gente. Él es señor e hidalgo sobre todos sus hermanos”.

9. Los dos padres piadosos vivían por muchos años con la esperanza y consuelo en ese hijo, debido a su gran anhelo sincero de la redención de su miserable caída. Miraron a este como el primogénito, pero lo criaron tanto con el propósito de enseñarles de su pecado y caída, y acerca de la promesa que Dios les había dado. Cuando habían crecido, ellos mismos entraron en el oficio sacerdotal. Especialmente Caín, el primogénito, mostró gran interés en esto y quería ser primero ante Dios; sacrificó sus primicias de la tierra, dadas por Dios y obtenidas por su propia obra, como sin duda había visto a su padre hacerlo. Abel, sin embargo, el menor, un pobre pastor, sacrificó el primogénito de sus ovejas, que Dios le había presentado sin su aflicción y cuidado. Ahora, cuando los sacrificios se habían hecho, Dios hizo un intercambio extraño, de modo que descendió fuego desde el cielo y consumió el sacrificio de Abel. Pero el sacrificio de Caín se quedó sin ser consumido. Esa fue la señal de la gracia, como dice el texto: “Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda” (Génesis 4:4–5).

10. Luego tanto Adán y Eva vieron que habían sido engañados en su esperanza y consuelo en su primer hijo, y tuvieron que aprender el juicio sorprendente de Dios: Mira al pobre sirviente (como fue considerado por su hermano y aun por él mismo) más bien que al otro. Sin embargo, especialmente él mismo, Caín, que también estuvo consciente de la esperanza de sus padres de que como el primogénito fuera la primera persona ante Dios, se ofendió terriblemente y reveló el hipócrita que antes había encubierto. Brotó con odio secreto contra Dios pero con ira y odio abierto hacia su hermano piadoso e inocente, de modo que aun sus padres tuvieron que reprenderlo por ello. Sin embargo, no se corrigió para nada, sino se inflamó tanto más con el deseo de la venganza, que tan pronto como Abel llegó a él solo en el campo, lo mató. No puede ni pensar en enmendarse ni buscar la gracia de Dios, ni puede estar lo suficientemente compasivo que pudiera perdonar al único hermano que tiene en la tierra, que no le ha hecho ningún mal, y no envidiarle el favor de Dios.

11. ¡Ese fue el consuelo y el gozo que los pobres padres, Adán y Eva, tenían que ver en sus primeros hijos! Después tuvieron que pasar tiempos muy dolorosos debido a eso durante toda su vida (especialmente en vista de que toda esta miseria resultó de su primera caída). Se habrían muerto y perecido en su gran tristeza y dolor de corazón si Dios no les hubiera consolado otra vez con el nacimiento de otro hijo. De otro modo, toda su esperanza se había desaparecido, no solo se habían consolado en vano en el primogénito, Caín, sino también tuvieron que ser privados del segundo hijo, de quien ahora tenían segura evidencia de que había agradado a Dios. Ahora, ya no sabían de dónde vendría el consuelo de la Simiente prometida.

12. En este Caín tienes una imagen del mundo pintada en forma muy hermosa y precisa como en el punto principal primero y más alto. Obviamente, nadie después de él fue como este Caín. Solo en él se representan a los que son el paragón y la quinta esencia en la tierra, los siervos de Dios más santos, más justos. Por otro lado, el sirviente miserable e indigno Abel es el pobre rebaño de la iglesia de Cristo, que tiene que dejar que este Señor Caín tenga su reputación y nombre ante Dios de ser el a quien pertenece todo honor y derecho, como si lo fuera dado por Dios. Por eso hasta exhibe y se jacta de su dignidad, y en base de esto hace su sacrificio y adoración, pensando que Dios seguramente debe mirarlo y aceptarlo, más bien que el sacrificio de su hermano.

Mientras tanto, el hijo bueno, Abel, siguió su camino; tuvo que dejar que su hermano lo escarneciera; no le envidió el honor, sino se consideraba mucho menos digno que él. No tiene otro consuelo sino la pura gracia y bondad de Dios. Cree en Dios y espera la Simiente futura prometida; en esa fe hace su sacrificio como una confesión y señal de su gratitud.

13. Aquí Dios otra vez tiene consuelo para su pobre rebaño (porque este ejemplo no fue escrito para este Abel, sino para los pobres hijos de Dios que son como él), a saber, que Dios no por eso los ha olvidado ni rechazado, aunque son arrogantemente despreciados por el orgulloso Caín, como si ellos no fueran nada ante él. Más bien, los mira con misericordia y abandona al orgulloso Caín con su estatus de primogénito y su sacrificio.

14. Por eso su ira y odio se suscita contra el inocente Abel, cuando la palabra de Dios ataca a Cain y le dice que no agradaba a Dios por su propia dignidad y que sus obras y adoración no serán mejores ni contarán por más que las de su hermano. Entonces es cuando comienza a odiar y perseguir a su hermano muy amargamente; no puede tener descanso hasta que lo abata y lo desarraigue de la tierra. Aquí tienes la razón por el odio y la ira del mundo, a saber, nada sino que “sus obras eran malas y las de su hermano, justas” (1 Juan 3:12).

15. ¿Qué hizo el buen Abel a su hermano para que se enojara con él? Lo consideró el primogénito y muy por encima de él; le dio todo honor; lo amó como a su querido hermano. Fácilmente se satisfizo y no deseaba nada más que tener a un Dios misericordioso. Oró por la Simiente futura, es decir, por la salvación y la felicidad de sus padres, su hermano y toda la raza humana. ¿Cómo, entonces, puede este Caín ser tan inmisericorde y cruel que ferozmente asesina a su propia carne y sangre?

La razón es que el diablo se había posesionado del corazón de Caín con el orgullo y la arrogancia de ser el primogénito, de modo que pensaba que era un hombre excelente, que era todo ante Dios y que no tenía pecado, pero que su hermano no era nada. Así no tiene en el corazón verdadero amor fraternal, sino solo el desprecio de su hermano. Ahora, cuando ve que Dios acepta a su hermano, no puede tolerarlo, ni es movido por lo que se le dijo, que por amor a Dios debería humildemente buscar gracia de Dios. En lugar de eso, se hace tan lleno de amargura y malicia que ya no aguanta ver a su hermano vivir, sino, contra el mandato de Dios y su propia conciencia, él mismo lo asesina, y luego sigue su camino como si hubiera hecho todo bien.

16. Eso es precisamente lo que dice Juan, que este Caín no tuvo ninguna razón para matar a su hermano que esto: “Porque sus obras eran malas y las de su hermano, justas” (1 Juan 3:12). El mundo, como la hija obediente del santo Caín, hace lo mismo; debe estar enojado con los cristianos sin otro motivo que su más profundo amor y bondad. Vea los altos ejemplos de los queridos santos patriarcas, los profetas, y, lo más alto de todos, Cristo mismo.

17. ¿Qué pecado cometieron los queridos apóstoles contra el mundo? No deseaban dolor ni daño para nadie, sino andaban en gran pobreza y duro trabajo y enseñaron a la gente cómo ser salvos del reino del diablo y la muerte eterna por la fe en Cristo. El mundo no puede escuchar ni tolerar eso; todos repetidamente gritan: ¡Qué mueran, qué mueran! ¡Expulsen a esa gente de la tierra sin misericordia!”, etc. ¿Por qué todo esto? ¡Los apóstoles quieren ayudar al mundo a salir de su idolatría y su forma condenada de vida! No tolerarán tales buenas obras; solo toleran tener a sus obras malas alabadas y glorificadas, de modo que Dios tenga que decir: “¡Lo que haces es bueno, y me agrado de ello! ¡Son mis hijos buenos! ¡Solo sigan con esto, y maten con confianza a todos los que predicán y creen mi palabra!”

18. Todavía hacen lo mismo con nuestro evangelio, contra el cual se provocan con odio y persecución. No hay otra razón por ello, no nos pueden culpar de nada más que hayamos hecho contra ellos, excepto que por la gracia de Dios hemos traído su palabra a la luz, por la cual somos rescatados de la ceguera y la idolatría en que estábamos estancados tan profundamente como ellos, y gustosamente también rescataríamos a otros. Este es el pecado imperdonable por el cual hemos merecido su ira implacable y odio perpetuo, de modo que no nos pueden ver vivos.

Sin embargo, no predicamos nada sino la fe en Cristo, a quien nuestros niños oran y a quien ellos mismos confiesan con palabras. La única diferencia es que decimos: “Porque Cristo fue crucificado y derramó su sangre por nosotros para rescatarnos del pecado y la muerte, nuestras propias obras, santidad, adoración, etc., no lo hacen”. Es intolerable para ellos cuando no hacemos su adoración incrédula igual a Cristo y no enseñamos a la gente a depender de su propia dignidad, sino de la gracia de Dios, y a dar las gracias a él por ella. Todavía les beneficiaría aceptar esto, y luego serían lo que quieren ser: más grandes, más doctos, más sabios y más excelentes que nosotros, como realmente son. Sin embargo, la razón es que las obras de Caín son malas, pero las de Abel son justas. Esta demanda no se puede resolver, y no se puede esperar ninguna unidad o acuerdo jamás. El mundo no abandonará su idolatría ni aceptará la fe; más

bien, nos obligará a abandonar la palabra de Dios y glorificar la adoración cainita, o morir sin misericordia a sus manos.

19. Por tanto, San Juan ahora dice: “No os extrañéis si el mundo os odia” (1 Juan 3:13), porque actúa conforme a la naturaleza de su padre, Caín, y no puede hacer otra cosa. Quiere ser todo, y Abel no debe ser nada. Ellos son la gran multitud, los altos, sabios, doctos y poderosos. La Biblia les retrata como los que tienen que odiar y perseguir el pobre rebaño de la iglesia de Cristo debido a sus buenas obras. Sencillamente no pueden tolerarlo cuando el rebaño despreciado y sin valor debe enseñarles que somos salvos solo por la gracia y la misericordia de Dios, no por nuestro propio mérito, y que su sacrificio (en la actualidad, este es la misa de nuestros papistas, que ellos consideran como la obra y el mérito más santo) no es nada ante Dios.

20. Así el mundo se nos retrata para que verdaderamente podamos reconocerlo, lo cual también es necesario que el cristiano lo sepa, y que algo importante se ha aprendido: que puede saber qué esperar de ello y no asustarse ni impacientarse, y no ser vencido por su malicia e ingratitud, de modo que también se hiciera malo y comenzara a odiar y buscar venganza. Más bien, debe retener su fe y amor, abandonar su esperanza para el mundo cuando no escuchará, y no esperar nada mejor de él que la más amarga persecución por sus buenas obras y amor. Debe saber que la iglesia de Cristo en la tierra no debe tener las cosas mejores que eso. No debe considerar la exhibición y apariencia externa, a saber: “Ellos son la gran muchedumbre de la gente más sabia y admirable en la tierra; ¿cómo es posible que todos deben estar equivocados y condenados?”

21. Es cierto y no puede ser de otra manera: si debe haber gobierno y paz, entonces hay (y debe haber) los mejores, más altos, más doctos, más distinguidos personajes de virtudes y honores reales, principescos y nobles. Este Caín no podría haber sido un hombre común y ordinario, sino debe haber sido el hombre más admirable, sabio y santo, con todas sus capacidades muy por encima de las del pobre Abel. En resumen, debe ser y tener todo, como su nombre indica. Esto también se demostró en sus hijos, que descubrieron toda clase de artes. Sin embargo, da miedo que tal hombre de padres tan piadosos y tan altamente honrado por Dios haya sido tan amargo y cruel hacia Abel solo debido a la palabra de Dios y la fe.

22. Por otro lado, es consolador para el rebaño piadoso de Cristo estar seguro que tiene la gracia de Dios y sufre lo que le sucede del mundo por esta causa; no tienen ninguna protección ni ayuda, sino tienen que esperar que les suceda como le sucedió aquí a este Abel. Si suceden cosas mejores, pueden dar a Dios las gracias por ello. Así siempre deben permanecer en el amor, tanto hacia Dios, de quien han recibido y experimentado la gracia y el amor, y hacia sus prójimos, aun sus enemigos. Este Abel (si habría vivido otra vez) habría retenido su corazón y bondad fraternal para su asesino, Caín, y gustosamente lo habría perdonado, hasta habría pedido que Dios lo perdonara.

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos”. (1 Juan 3:14)

23. Esta debe ser la razón que nos motiva a los que somos cristianos a permanecer en el amor. Agrega esto a la razón por la cual el mundo nos odia, que es su propia malicia. “No deben sorprenderse”, quiere decir, “que el mundo les odia, porque hay una gran diferencia entre ellos y ustedes”. En sus propias obras maliciosas, incredulidad, arrogancia, desprecio de la palabra y la gracia de Dios, el odio y la persecución de los piadosos, el mundo ya ha descendido al reino del diablo y la muerte eterna. Rehúsa ser corregido y ayudado, sino sigue terco y endurecido, abiertamente condenado por su propia conciencia, y quedará en él.

Pero los que creemos en Cristo ahora (¡Dios sea alabado!) somos gente muy diferente, es decir, hemos salido de la muerte y por la muerte y hemos entrado en la vida por el conocimiento y la fe en el Hijo de Dios, que nos ha amado y se ha entregado por nosotros.

24. La gracia y la bondad que han recibido de Dios deben motivarlos (dice) a no enojarse y ser vencidos por la ingratitud, el odio y la malicia del mundo, para que a causa de ellos abandonen sus buenas obras y también se hagan malos, y así perder ese tesoro. También este tesoro lo tienen no por sí mismos, sino por pura gracia, porque antes ustedes también estaban tanto en el reino y el poder de la muerte, en las obras malas, sin fe ni amor.

Por tanto, recuerden y consuélense en el gran beneficio y la ventaja que tienen sobre ellos ¿Qué importa si el mundo, que está en la muerte y se queda en ella, les odia y les persigue a ustedes, que tienen la vida? ¿A quién hieren con su odio? No quitarán la vida que ustedes tienen y ellos no la tienen, ni les expondrán a la muerte de la cual ya han pasado por medio de Cristo. Si hacen todo lo que puedan, tal vez puedan calumniarles con palabras maliciosas y quitar sus bienes o el saco de gusanos que se pudre y apesta, que tendría que descomponerse de todos modos, y así finalmente les ayudarían a salir de esta muerte física a la vida.

Así se vengarán mucho más ustedes de ellos que ellos de ustedes, y tendrán el gozo de ser trasladados de la muerte a la vida mientras ellos tienen que quedarse eternamente en la muerte. Además, porque tenían la intención de quitarles tanto el reino del cielo y el reino de la tierra, tienen que perder tanto cuerpo y alma. ¿Cómo se podría castigar y vengar su odio y envidia en forma más terrible? Si no quisieran ayudar tanto al diablo y al mundo, y mucho menos dañar a ustedes mismos, entonces por amor a ellos no deben abandonar su bienaventuranza, arruinar su consuelo o perder este tesoro por la impaciencia o el deseo de venganza. De hecho, más bien deberían tener piedad de su miseria y condenación. Ustedes no pierden nada con esto, porque ustedes deben tener solo ganancia mientras el mundo solo tiene pérdida. El mundo tendrá que pagarles demasiado caro por las pequeñas pérdidas que sufran física y temporalmente tanto aquí y después.

25. Ahora bien, ¿cómo sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida? “Porque amamos a los hermanos” (1 John 3:14). ¿Qué quiere decir esto? ¿No es nuestra enseñanza que él nos amó primero, como San Juan mismo dice, y que murió y resucitó por nosotros antes que amamos a

él? Cuando eso se cree, solo entonces comienza el amor, tanto para Dios como para el prójimo. Entonces, ¿por qué dice: “Hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos”?

26. Depende de la palabra “sabemos”. Juan claramente dice: por esto “sabemos que hemos pasado de la muerte”; a saber, de esta forma podemos percibir y reconocer en dónde y quiénes son las personas cuya fe es genuina, San Juan escribió esta Epístola principalmente contra los falsos cristianos, puesto que hay muchos que se jactan de Cristo (como el incrédulo Caín) y sin embargo quedan sin el fruto de la fe. Por eso no habla de cómo o por cuál medio salimos del pecado y la muerte para la vida, sino cómo podemos reconocer que lo hemos hecho, es decir, no de la causa, sino del efecto [*non de causa, sed de effectu*].

27. No es suficiente jactarnos de que hemos pasado de la muerte a la vida, sino también se debe mostrar y manifestar. La fe no es la clase de cosa que yace allí completamente vacía y muerta, sino en dondequiera que vive en el corazón, siempre debe demostrar su poder. En donde eso no sucede, la jactancia es falsa y no es nada. Sin embargo, se demuestra que los frutos pueden ser percibidos cuando el corazón humano, lleno de consuelo y de segura confianza en la gracia y el amor divino, se mueve a ser bueno, bondadoso, gentil y paciente hacia el prójimo; no envidia ni odia a nadie, sino gustosamente sirve a todos y, en dondequiera que haya necesidad, ayuda con cuerpo y vida.

Estos frutos demuestran y testifican que tal persona con seguridad ha salido de la muerte a la vida. Si no creyera esto, sino todavía dudara la gracia y el amor de Dios, tampoco tendría la clase de corazón que ama y agradece a Dios y también muestra amor a su prójimo. Sin embargo, en donde esta fe existe y reconoce la gran gracia y beneficio que lo ha llevado de la muerte a la vida, entonces su corazón está encendido para a la vez amar y hacer todo bien (aun por sus enemigos), así como Dios ha hecho para él.

28. Así hemos dicho correctamente y entendemos lo que San Juan quiere decir con las palabras: “Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos” (1 Juan 3:14). De esta forma permanece el fundamento de que somos justificados, es decir, redimidos de la muerte, solo por la fe. Esta es la primera parte de la enseñanza cristiana. Luego la segunda cuestión es si la fe es honesta o solo pintada con la falsa apariencia y la jactancia vacía de la fe. Por eso, claramente dice que no somos librados de la muerte por el amor. Más bien, ahora que hemos sido liberados y se nos ha dado la vida, sabemos y vemos que esto está operando en nosotros cuando ya no arrogante y presuntuosamente menospreciamos a nuestros prójimos, como Caín, y no estemos llenos de envidia, odio y amargura, sino gustosamente vemos a todos ayudados, y los servimos y hacemos todo bien para ellos tanto como podamos.

29. San Juan ahora lleva esta amonestación más adelante para cerrarla con palabras severas y hasta truenos contra los que se jactan en forma carnal de ser cristianos, y sin embargo están sin amor. Agrega algunos puntos para demostrar que si no hay amor, tampoco puede haber fe ni

redención de la muerte. Nadie debe engañarse o emprender disculparse con palabras fútiles jactándose de la fe; más bien, debe saber que la fe es genuina si el amor está allí, por lo cual se muestra que la fe vive en el corazón.

I

“El que no ama a su hermano permanece en muerte.” (1 Juan 3:14)

30. Esta es una conclusión sencilla y clara de que nadie puede jactarse de la vida si no tiene el amor. Esto demuestra lo opuesto de lo que la fe debe lograr en la gente, porque si no hay fruto, entonces la persona queda como era antes en su vieja vida como Caín, rígida y muerta, sin ninguna consolación ni experiencia de la gracia y la vida divina. Por tanto, nadie debe pensar o jactarse de la vida si queda sin el amor y sin ningún fruto de la fe. Más bien, debe pensar mucho, asustarse y contemplar cómo puede llegar a ser un verdadero creyente, para que no se quede en la muerte eterna y una condenación más severa que otros que no han oído el evangelio.

II

“Todo aquel que odia a su hermano es homicida y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.” (1 Juan 3:15)

31. Esto demuestra con aún más claridad e intensidad que todo el que no tiene el amor queda en la muerte. Es un veredicto muy duro y atemorizante que tal persona no es nada mejor que el fratricida, Caín, y que su corazón seguramente tiene sed de sangre y es asesino contra su hermano, aunque no hace lo que le agrada. Si ese odio prorrumpe, y no es restringido por el temor de la vergüenza y el castigo, demostrará ese odio en las obras, porque escatima de su hermano cualquier bien y estaría contento cuando algo malo le pasara.

El que cree que ha sido rescatado de la muerte seguramente no hace esto. Todo el que ha experimentado la miseria y la angustia de la muerte y ahora se consuela y encuentra gozo en la vida, en donde tiene la intención de quedarse, gustosamente lo querrá para otros y no tendrá ningún deseo de la muerte de nadie. Por tanto, lo opuesto seguramente es el caso, como dice: “Y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.” (1 Juan 3:15).

32. Aquí puedes ver cómo es el corazón humano sin la fe y el conocimiento de Cristo; a saber, realmente no es otra cosa sino un Caín y un corazón asesino contra su prójimo. Nadie puede esperar nada mejor de alguien que no es cristiano. La Escritura con mucha frecuencia retrata a tales santos incrédulos, llamándolos “hombre sanguinario y engañador” (Salmo 5:6) y diciendo: “porque sus pies ... se apresuran a derramar sangre” (Proverbios 1:16). Toda la gente por naturaleza son hijos de este fratricida Caín. Obviamente no son mucho mejor que su padre Caín, que fue el hombre más grande, más inteligente, nacido como las primicias de los santos padres Adán y Eva, muy por encima de la gente que lo seguía, dotado de toda clase de habilidad natural.

Sin embargo, ante Dios fue un hombre incrédulo, y así también se hizo el asesino de su hermano. Eso no habría pasado si la naturaleza de su padre y madre no se habría corrompido.

III

“En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?”
(1 John 3:16–17)

33. Aquí muestra lo que debe ser el verdadero amor cristiano, y nos presenta el alto ejemplo y modelo del amor de Dios o de Cristo (porque la sangre y muerte de Cristo son la sangre y muerte de Dios, como dice San Pablo en Hechos 20:28), que nos amó tanto que “puso su vida por nosotros”. El corazón recibe y se aferra a eso por la fe, y luego se hace así dispuesto e inclinado hacia su prójimo para ayudarlo como ha sido ayudado, aunque tenga que arriesgar la vida por ello. Sabe que ha sido rescatado de la muerte y que la muerte física no puede hacer daño ni quitar su vida. Sin embargo, en donde no hay tal corazón, tampoco hay fe ni percepción del amor de Dios ni de la vida eterna.

34. Especialmente señala esto cuando dice (en forma lo suficientemente burda que cualquiera puede entenderlo, y cada uno puede sacar la conclusión del menor al mayor): “Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad”, cuando ciertamente puede ayudarlo sin hacer ningún daño a él mismo, “y cierra contra él su corazón”, de modo que no le ayuda aun con un poquito y las obras ordinarias del amor, “¿cómo mora el amor de Dios en él?”, puesto que no considera el amor como algo grande o lo suficientemente digno que se privara de un centavo por él o lo diera a su hermano necesitado. ¿Cómo podría hacer algo mayor y poner su vida por él? ¿Cómo puede tal persona jactarse cuando sabe que Cristo puso su vida por él y lo rescató de la muerte?

35. ¿Pero qué hay más común en el mundo que tales personas que, aunque pueden ayudar y tienen los bienes del mundo, sin embargo, cierran sus corazones contra los pobres y necesitados, como lo hizo el glotón rico contra el pobre Lázaro? ¿En dónde están las cortes imperiales, las cortes principescas y los castillos que ayudan a las iglesias pobres o dan la corteza de su pan para proveer para los pobres, el oficio de la predicación, las escuelas y las necesidades de la iglesia? ¿Cómo podrían hacer algo más, cuando cada uno es obligado a entregar su cuerpo y vida por su hermano, y mucho más por toda la cristiandad? Ahora escuchamos el veredicto verdaderamente aterrador de que los que no tienen amor son asesinos ante Dios y no pueden tener la vida eterna.

36. Sí, hasta podemos guardar silencio acerca de esta gente y hablar sobre los que no solo no dan a los necesitados, sino desvergonzada y violentamente toman, hurtan y roban a sus prójimos defraudando, engañando, esquilando y extorsionando a la gente pobre. Además, públicamente y con violencia sacan de la boca de la pobre iglesia el pan que pertenece a la iglesia y fue establecido para ella. Asimismo, ahora no solo el gentío papista sino también muchos que

quieren llamarse evangélicos hacen lo mismo con la propiedad de los pastores y las iglesias comunes, acosando y atormentando a los pobres pastores con su tiranía. ¡Pero qué veredicto tan temible y severo vendrá sobre tales personas que siquiera han privado al Señor Cristo un trago de agua fría en su sed!

IV

“Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.” (1 Juan 3:18)

37. El mundo y los falsos cristianos con palabras fingen tener gran amor, pero en obras y cuando se debe demostrarlo, no hay nada. Por eso dice: “Si no se practica el amor de modo que esté preparado a perder su vida por su hermano, aunque se jacta mucho de Cristo, de seguro no es nada sino una pretensión ficticia sin valor y mentira por la cual engañas a ti mismo y te quedas sin ser cristiano en la incredulidad y la muerte, peor que otros que no conocen el evangelio”. Por tanto, todo el que quiere actuar bien y ser hallado un cristiano debe tener la intención de demostrarlo con acciones y obras, para que la gente pueda percibir que no es un mentiroso y asesino como los otros que imitan a su padre, el diablo, sino que realmente con su corazón se adhiere a la palabra de Dios y ha pasado de la muerte a la vida.